

## *La vía infinita*

*Por Romero*

### Parte 1: Miguel Claro

(o por qué uno empieza a pedalear más allá de lo físico)

Hay algo en la ciclovía de Miguel Claro —ese tramo sospechosamente rectilíneo que atraviesa Providencia como una cicatriz— que tiende a disolverse en el tiempo, y no de forma metafórica sino literal. Uno podría apostar lo que quedara en su cuenta corriente a que ahí el tiempo no es una constante confiable. Esto es algo que cualquier ciclista con conciencia de sí mismo podría advertir, si se bajara de la bicicleta, por ejemplo, durante unos minutos al medio día, y se quedara ahí parado, mirando cómo el sol golpea el asfalto.

Luego está el asunto de Diego, que no se llama Diego en realidad, pero así le decimos por economía narrativa, quien empezó a recorrer esa ruta cada mañana. No porque quisiera estar más saludable, ni porque amara particularmente su bicicleta, ni porque tuviera una militancia ecológica digna de hashtag, sino porque en algún punto impreciso entre la salida traumática de su último trabajo y el colapso emocional leve-moderado que lo llevó a decirle a su psicóloga (quien se parecía vagamente a Ángela Merkel) que sentía que todo “le daba lo mismo”, algo en su cabeza le dijo: pedalear es lo único que puedes hacer ahora sin pensar en nada.

Y tenía razón, al menos al principio. Porque al principio la cosa era simple: salir desde su departamento en la calle Clemente Fabres, avanzar unas pocas cuadras y desde ahí meterse a la ciclovía, recorrerla hacia el norte — siempre bajo la sombra de los imponentes plátanos orientales—, llegar hasta el cruce con Nueva Providencia, mirar sin mirar a la gente que espera el semáforo, y luego seguir, sin una meta definida, a veces hasta Tobalaba, otras veces volver antes, dependiendo del estado de su alma o de su colon.

Pero eso fue al principio. Porque lo que ocurrió después es que un día, un martes cualquiera, Diego tomó la ruta a las 11:11 AM, un número que según una expareja suya era la “hora

mágica” (palabras que él siempre despreció en silencio) y algo pasó: la ciclovía no terminó. Mejor dicho, siguió existiendo en términos físicos, con pavimento y líneas pintadas y árboles y autos pasando al costado, pero no volvió a terminar donde tenía que terminar. Diego pedaleó y pedaleó y no llegó a Nueva Providencia. En lugar de eso, la calle se estiró. Siguió derecho, como si la ciudad se hubiera abierto más allá de su límite, o como si un Santiago alternativo le estuviera prestando más kilómetros.

Y eso, créanlo o no, fue solo el comienzo.

Parte 2: Los kilómetros invisibles

*(en la que Diego comprueba que no se puede confiar en una ciclovía ni en la percepción lineal del espacio-tiempo urbano)*

La noción de que algo estaba mal no apareció como una epifanía cinematográfica —tipo personaje principal frena en seco, se le abren los ojos y dice “¿Qué está pasando acá?”— sino como una incomodidad progresiva, como cuando sientes que te estás olvidando de algo importante pero no sabes qué, y a medida que pasa el tiempo la sensación, en vez de calmarse, se vuelve una especie de picazón interna, una quemazón sorda, hasta que ya no sabes si lo que te olvidaste fue un objeto o a ti mismo.

Diego había pedaleado durante un largo rato sin detenerse. El reloj de su celular marcaba las 11:46, y todavía no llegaba. Lo extraño no era solo la longitud inesperada del trayecto —esa expansión vial que parecía burlarse de la lógica— sino la ausencia de ciertas marcas conocidas: el antiguo local que vende juegos de azar, el perro negro que siempre duerme frente a la comisaría, el kiosko con revistas que nunca rotan. Nada. Como si alguien hubiera hecho un *copy-paste* apurado de una ciudad parecida pero levemente modificada, donde todo lo familiar era reemplazado por símiles levemente defectuosos.

Fue entonces cuando empezó a verlos.

No “ellos” como en seres extradimensionales o figuras encapuchadas de otra realidad —eso sería demasiado hollywoodense para Santiago— sino otros ciclistas. Pero con una actitud...

¿cómo decirlo sin sonar delirante? Como si no fueran parte de la ciudad. Como si vinieran de otras latitudes. Uno llevaba una camiseta que decía “Carretera Morón”, y hablaba con un acento sevillano casi caricaturesco. Otro tenía una bandera canadiense cosida en la mochila. Una señora de unos sesenta años —que pedaleaba con la rigidez de una bailarina soviética retirada— saludó a Diego en un idioma que no pudo reconocer, algo que sonaba como “Dobro jutro”.

Y lo más inquietante era que ninguno parecía sorprendido de estar ahí.

Eso fue lo que lo hizo frenar.

Se bajó de la bicicleta. Respiró hondo unos segundos. Miró a su alrededor. La ciclovía seguía. Al fondo se perdía en una curva nueva, una que él juraría no estaba antes. Una curva que no formaba parte del clásico tejido ortogonal de Providencia, sino más bien de algún trazado inconcebible, como si la ciudad hubiese dejado de ser ciudad y empezara a comportarse como un ser vivo.

En ese momento escuchó una voz.

—No deberías haberte detenido —dijo alguien detrás suyo.

Diego se giró. El tipo tenía casco, gafas oscuras y una polera que decía: “Piñón 4000 – Horizonte Expansivo”.

—¿Perdón?

—Una vez que entrás, tenés que seguir —dijo el hombre, sin mayor dramatismo—. Si parás, el cuerpo se empieza a acordar de que esto no es real.

—¿De qué está hablando?

—De la ciclovía. Vos cruzaste la línea.

Y entonces le explicó, o intentó hacerlo, en términos que Diego no terminó de entender pero que se le quedaron grabados igual, como cuando uno recuerda un sueño de hace varios días

atrás. Que la ciclovía se abre solo para ciertos estados mentales. Que no todos la pueden cruzar. Que hay una especie de regla interna que impide mirar atrás. Y que lo más importante de todo es no dejarse tentar por la ilusión de que puedes salir cuando quieras. Que esto no es un paseo. Que hay un punto donde uno se disuelve.

Diego rió, incómodo.

—O sea que estoy muerto. Esto es el purgatorio ciclista.

El hombre no rió.

—Donde estás ahora es más lejos de lo que vos creés.

Y se fue, pedaleando sin mirar atrás.

Diego quedó solo. El celular marcaba las 11:59. No había notado que el tiempo se había detenido. O acelerado.

Se volvió a subir a la bicicleta y pedaleó.

No por curiosidad, sino porque, de pronto, le dio miedo quedarse quieto.

### Parte 3: La bifurcación

*(en la que la ciclovía ya no parece una infraestructura urbana, sino un espejo emocional de memoria degenerativa)*

Lo que vino después no puede describirse de forma estrictamente cronológica porque Diego, para ese punto, había perdido por completo el orden lineal de los eventos. O, mejor dicho, había perdido la confianza en el concepto de “sucesión lógica de hechos”. Lo cual no es trivial, considerando que Diego era, por formación y carácter, un ser humano aficionado al control. Su departamento tenía frascos etiquetados en la despensa (tipo “quinoa roja”, “lenteja turca”, “cúrcuma sin moler”); su biblioteca estaba ordenada por tema y por orden

cronológico de publicación, y hasta su vida sexual estaba marcada minuciosamente en el calendario de Google.

Pero ahí estaba ahora, frente a una bifurcación en la ciclovía.

Lo extraño no era que existiera una bifurcación —Santiago, después de todo, tiene un trazado lo suficientemente neurótico como para permitir errores de infraestructura— sino que una de las dos ramas lo llevaba hacia lo que parecía ser su infancia.

O al menos una versión de ella.

Porque la rama derecha, perfectamente asfaltada, sin ninguna indicación más, se abría entre dos muros de ladrillo rojo que Diego reconoció inmediatamente como parte del pasaje donde vivió sus primeros años de vida. Era exacto. El mismo grafiti viejo que decía “Anarkía 94”, el mismo gato naranja sobre el techo de la casa vecina. Incluso olía igual, ese olor a pan tostado, a detergente, a domingo de televisor prendido.

Se detuvo.

Miró hacia la otra rama: una prolongación neutral, sin señales, que desaparecía en una niebla artificial —algo que parecía niebla pero olía levemente a parafina y a toallas húmedas—. Una zona sin memoria, o tal vez, una zona posmemoria. Algo que vendría después de que todo lo conocido se terminara.

Diego se quedó ahí, justo en la intersección, por un tiempo que no pudo cuantificar. Porque una de las consecuencias más sutiles de estar en la vía infinita era que el tiempo se vivía pero no se registraba. Como si los minutos se comportaran como sombras proyectadas en una superficie: cambiaban de forma, se alargaban o se encogían.

Y después, como empujado por un instinto que no terminaba de identificar (¿curiosidad? ¿nostalgia? ¿fatiga?), eligió la derecha.

Y todo cambió.

Porque no era solo el pasaje de su infancia. Era su antigua bicicleta. La de verdad: la BMX azul con calcomanías de los Caballeros del Zodiaco (pegadas por su hermano mayor, que ahora vivía en Osorno y a quien no había llamado en meses). Estaba ahí, apoyada contra un poste. Y él, sin pensar —sin cuestionarse cómo podía montarla con su cuerpo adulto— se subió.

Y pudo.

El asiento era bajo, el manubrio angosto, pero pedaleó, y a medida que lo hacía, empezó a sentirlo. No un déjà vu. Más bien una reabsorción. Como si la infancia se lo estuviera comiendo desde adentro, digiriéndolo, volviéndolo parte de su propio recuerdo. Su ropa cambió. Tenía una polera amarilla. Su mochila era la azul con tela de jeans. Llevaba una carta Pokemon en el bolsillo (Charizard holográfico, 120HP, 100 de ataque). Y una sensación, más fuerte que todo lo anterior: la ausencia total de ansiedad.

No tenía idea de lo que era un currículum. No había leído nunca a Foucault. No existía Tinder. No tenía capacidad crediticia. Su cuerpo era un animal primitivo que solo necesitaba pedalear, frenar, y a veces mear por ahí, si es que estaba muy lejos de casa.

Esa libertad, esa especie de gracia química del no-saber, fue tan intensa que lloró.

Lloró mientras pedaleaba.

Entonces escuchó otra voz. Esta vez infantil.

—¿Y tú qué haces en mi calle?

Diego se giró. Un niño lo miraba desde el borde de la vereda. Tenía ocho años, los mismos que Diego ahora —porque sí, era él mismo. Era Diego niño.

—¿Eres yo? —preguntó el niño.

—No —dijo Diego. Y fue lo más honesto que dijo en mucho tiempo.

El niño lo observó un segundo más, ladeando la cabeza como hacen los perros. Y luego desapareció. No caminó, no se esfumó. Solo dejó de estar.

Diego bajó de la bicicleta.

La calle empezó a desdibujarse. No de forma dramática —nada de vórtices ni efectos especiales— sino como se borra un recuerdo con el tiempo. El poste ya no estaba. La bicicleta no estaba. Su polera ahora era gris. Tenía treinta y seis años otra vez y un leve dolor en la rodilla derecha.

Volvía a ser él. O lo que quedaba de él.

Miró atrás. No había bifurcación.

Solo ciclovía.

Parte 4: El cruce final

*(en la que Diego alcanza el final del recorrido y descubre que no hay final, ni recorrido, ni Diego)*

Hay una cosa que nadie te dice cuando empiezas a descomponerte: que no duele. O al menos no en el sentido convencional. Lo que duele, si se puede llamar dolor, es la pérdida de referencias. Cuando ya no sabes qué cosas son parte de ti y cuáles simplemente te rodean.

Para ese punto, Diego ya no reconocía Providencia como un espacio urbano, sino que como una dimensión donde la ciudad se convierte en abstracción pura, en la que el lenguaje, la identidad y la superestructura colapsan. La ciclovía se había expandido más allá del mapa, ya no bordeaba cafés con nombres en francés ni viejos edificios ricos en detalles arquitectónicos. Ahora pasaba entre lo que parecían construcciones simbólicas: torres con carteles publicitarios mostrando recuerdos de otras personas (una mano arrugando un boleto de micro, una pareja abrazándose bajo un paradero, un niño comiendo cabritas en una noche de invierno), un túnel con parlantes reproduciendo mensajes de voz de WhatsApp, semáforos

que solo mostraban colores en escala de grises, como si ya no fuera importante el seguir o detenerse, y cada cierto tramo, un espejo de tráfico convexo que mostraba no su reflejo actual, sino todas las posibles versiones de sí mismo que podrían haber existido, vidas no vividas que se burlaban de lo poco que quedaba de esta.

Y algo en su cuerpo —o lo que le quedaba de cuerpo— empezó a rendirse. A estas alturas el oxígeno se había vuelto opcional. Su respiración, como todo lo demás, se había vuelto un concepto más que una necesidad. La bicicleta también había mutado. Ahora era ligera, como hecha de aire. Sin cadena, sin llantas, sin peso, y sin embargo avanzaba. Como si la voluntad —o la memoria de la voluntad— fuera suficiente.

En un momento, Diego se detuvo frente a una línea blanca dibujada en el suelo. Era delgada, pero nítida. Como si alguien se hubiera tomado el tiempo de delimitar una frontera exacta entre un “antes” y un “después”.

Del otro lado, el paisaje era blanco. No “blanco” como en una hoja de papel o la nieve recién caída. Era ausencia. Un blanco inhabitable. Una saturación absoluta.

Entonces lo vio.

Un cartel. Suspendido en el aire.

Decía:

“Última decisión. La dirección que tomes será permanente.”

Y abajo, más pequeño:

“(Sí, incluso si no decides. Eso también cuenta.)”

Diego se rió. No porque fuera gracioso. Sino porque era la primera vez en todo el recorrido que alguien —o algo— reconocía lo absurdo de todo. Que admitía que el libre albedrío era una trampa incluso para los ciclistas metafísicos.

Frente a él solo quedaba la decisión: seguir o no seguir.

Entonces, sin saber si estaba obedeciendo, resistiendo o simplemente cediendo al impulso más silencioso de todos, cerró los ojos y cruzó.

Lo que ocurrió después es imposible de describir con precisión.

Porque no hubo “después” en el sentido que conocía.

Hubo la sensación de ser la rueda que gira, de ser la calle bajo ella, de ser el aire frío que golpea la cara. Era también la ciclovía, y las manos que alguna vez la trazaron. Diego ya no era un hombre, ni un nombre. Era el ciclo entero.

En algún lugar —tal vez un pasaje, tal vez una plaza— un hombre abrió los ojos y no supo cómo se llamaba.

Tenía una bicicleta. Un celular descargado, y escrito en la palma de su mano: “Marín con Salvador”

Miró a su alrededor.

Providencia.

Parecía la misma. Pero algo había cambiado.

Se subió a la bicicleta.

Y pedaleó.

Por si acaso.